

Prólogo

Recuerdo claramente la primera vez que tuve oportunidad de conversar con el Negro Valdivia. Fue en su casa de Mayu Sumaj una tarde esplendorosa de Mayo. Fuimos con Gabriel Bendersky y charlamos largamente bajos los árboles del patio. De esa charla recuerdo dos cosas que se fueron haciendo más y más importantes para mí.

Por una parte, esa fue la primera vez que escuchaba hablar del Encuentro de San Antonio. Gabriel y yo formamos parte de un equipo de investigación que venía estudiando las músicas populares desde la perspectiva de la sociología de la cultura. En esos días andábamos indagando sobre el circuito de las peñas, y preguntándonos por el tipo de música que prefería la gente que asistía y por las razones de esa preferencia. En esa búsqueda muchas personas nos habían hablado de Valdivia por diversas razones, entre ellas por ser durante mucho tiempo el maestro de ceremonias de las peñas del Dúo Coplanacu.

Pero la charla con el Negro nos fue llevando de a poco para el lado del Encuentro. Un poco sorprendido, y ansiosamente, le empecé a preguntar por las características que tenía y el Negro, con ese hablar pausado que lo caracteriza me dijo: “tenés que ir, no te lo puedo explicar. Tenés que participar para ver cómo es”. En ese momento estaba muy lejos de entender lo que me estaba diciendo. Y estaba lejos de saber la importancia que tenía esa idea de participar, en la lógica del Encuentro.

Eso fue en mayo. En diciembre de ese año participé por primera vez, y de a poco me empezó a caer la ficha. Todavía me está cayendo.

La otra cosa que me dijo tenía que ver con el baile. Yo le preguntaba por estilos de danza, por las particularidades del modo de bailar que venía observando en las peñas, y él intentaba explicarme. Pero en un momento, con la misma parquedad me dijo: “tenés que ir a bailar vos. Hay cosas que no te puedo explicar, las tenés que vivenciar”. Algunas semanas después fui al taller que coordina en el Centro Graciela Carena de Córdoba. Con el tiempo también empecé a comprender

lo que me quería decir. Pero me refiero a un tipo de comprensión que no tiene que ver solamente con el pensamiento reflexivo, sino también con el movimiento del cuerpo en interacción sensible con la música. Cuando uno se dedica a la sociología de la cultura bastante a menudo se encuentra con los límites de la palabra. Por lo general lo que se hace ante esos límites es extremar la vigilancia, inventar un lenguaje distinto que permita referirse con precisión a los fenómenos observados. Pero bailar, el sólo hecho de bailar, me fue poniendo en relación con otra forma del pensar. Un tipo de comprensión diferente que se logra en los pasos de la danza, en el movimiento del torso y de los brazos, en el juego de las miradas, en el contacto sutil con el compañero, en el abrazo, en el movimiento gozoso del cuerpo.

Desde entonces he participado en talleres con Silvia Zerbiní, Juan Saavedra, Geraldine Maurutto, el Pato Mulhall... y nunca dejé de asistir al del Negro Valdivia. Y algo fue cambiando en mí. Fui recuperando una forma de la alegría, de raíces antiguas, que está en el movimiento, en el juego, en la expresión, en el protagonismo que el cuerpo tiene en la danza.

Los organizadores del Encuentro de San Antonio suelen repetir una frase que funciona como una especie de principio orientador para la participación: del Encuentro cada uno se lleva lo que necesita y aporta lo que cree que hace falta. Yo no lo sabía la primera vez que fui, pero lo que necesitaba, lo comprendí después, era esa alegría de estar con otros, bailando.

Cuando empecé a pensar en este libro, cuando lo charlamos con el Negro, con Natalia, con Florencia, lo que intentaba era realizar un pequeño aporte, muy humilde, como un acto de gratitud por la recuperación de esa profunda alegría. Por eso en este trabajo he intentado escribir no sólo desde una mente que piensa, sino también desde un cuerpo que baila.

Claudio

Durante mucho tiempo el Encuentro fue un persistente susurro para mí a través de mi hermano Mario y de amigos músicos. Con el paso de los años el susurro se transformó en voz cuando investigando con Claudio los circuitos de difusión y consumo de folklore muchos chi-

cos hablaban de “la magia de San Antonio”. Hasta que en 2010 el Encuentro se me hizo cuerpo.

Recuerdo que fui con una compañera del equipo de investigación, Malena Marengo, y no podía creer la cantidad de carpas... de personas y de niños que había ahí. Un mundo a la vera del río y los árboles, un mundo que olía a comida de madres y se movía al ritmo de sonidos que habían poblado mi infancia.

En pequeños gestos como repulgar empanadas, apilar sillas a las seis de la mañana cuando el sol te pega en la cara, mantener llena la pava para que a nadie le falte un mate, limpiar los baños, el peso de lo colectivo va derribando los muros del “yo” en el que habitualmente estamos instalados. Como dice el Curita Sánchez: “un poquito a cada uno/ no le hace mal a ninguno/ un poquito a cada cual/ a ninguno le hace mal”.

Y es en la urdimbre de lo colectivo que el cuerpo y la cabeza te van cambiando. Te vas animando a jugar, a romper estructuras y es en ese animarse que yo descubrí la danza.

Bailar me dio libertad, descubrí maneras de seducir, de relacionarme que estaban dormidas y comprendí, cosa bastante difícil para una académica como yo, que no todo puede ser dicho con palabras. Pero sobre todo al bailar entendí que nada soy y que nada puedo hacer sin la ayuda de los demás.

En las charlas con Kari y Aldo, con Silvia Zerbini, o Juan Saavedra fui comprendiendo como desde el compromiso y el afecto se fue tejiendo esta concepción de la danza donde la vida y el baile van de la mano. Y que el cuerpo es un territorio donde se dirimen luchas y se discuten políticas.

“Bailar en San Antonio” te lleva a pensar en el cuerpo como un espacio creativo, de conocimiento, que jamás se va a terminar de construir. Cada experiencia va moldeando el barro del que estamos hechos. Recuperar “mi” cuerpo, somnoliento ante tantas horas de tipeo ante la computadora, me hizo replantear qué es lo que hago en la academia, cómo los saberes se van construyendo y sobre las violencias que las palabras “legitimadas” van ejerciendo sobre las voces, los cuerpos y pensamientos de todos aquellos que habitan y construyen a nuestras investigaciones.

Cuando Claudio nos planteó la idea a Florencia y a mí de hacer un libro sobre el Encuentro al principio me pareció una tarea compleja

porque era desarmar, pacientemente, un tejido de palabras, experiencias y emociones construido a través de múltiples voces. Pero lo que empezó siendo un mar de horas de entrevistas, cientos de páginas que hubo que escribir y reescribir se transformó en un libro, en una humilde forma de decir gracias por el “encuentro” con el cuerpo, con la danza y con la felicidad.

Natalia

La i-lógica del Encuentro, la magia de lo simple, lo bello, lo vital y nutritivo... me llevaron a miles de preguntas y movilizaron muchas ganas de “entrarle” desde diversos costados, porque la experiencia desde siempre se me presentó integral: desde lo artístico; lo político organizativo-comunitario; lo humano; la vinculación con la naturaleza.

Decidí tornarlo parte importante de mi vida, lo elegí para estudiarlo en mi tesis¹. Un tipo de “estudio” muy placentero, pueden imaginarlo.

El “trabajo de campo” de mi investigación me llevó a habitar el espacio del Encuentro como una encuenrista más: bailando, cocinando, guitarreando de madrugada. Lejos de impedirme ser parte, me permitió descubrir mi manera particular de participar en él: cada “entrevista”, “encuesta” u “observación participante” fueron experiencias con otros, con ustedes. Bellas experiencias, conversaciones que nos llevaron a reír juntos, a pensar juntos, a sentir juntos emociones que en más de una oportunidad me obligaron a poner “pause” en el grabador. Porque en el Encuentro es habitual toparse con eso “sagrado”, los sentidos más íntimos y profundos que nos habitan, y que no pueden “grabarse”, ni “transcribirse” luego.

Y ya no quiero (y quiero a la vez) que la tesis termine, no falta mucho para que eso suceda. Quiero seguir saboreando esos “encuentros” múltiples y diversos que alberga el Encuentro de San Antonio. Por suerte “la mesa está *casi* servida”. El *casi* nos habilita un terreno abierto para seguir siendo parte y aportando con distintos ingredientes a la comida comunitaria, aportando las propias producciones culturales, maneras de estar y habitar un espacio común. A la manera del mundo que soñamos, y que necesitamos.

¹ Tesis: “Artes de hacer en los Encuentros Culturales del interior de Córdoba. 2010- 2012”. Directoras: Dra. Isabel Rauber y Dra. M. Eugenia Boito. Doctorado en Estudios Sociales de América Latina. Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba.

No quiero dejar de estar, y más que –ahora sé– en la preparación de la mesa están ustedes, queridos, muchos, compañeros. Todos están nombrados de alguna manera en este libro, que no pretende más que seguir el diálogo y compartir palabras muy sentidas y vividas en nuestro Encuentro.

Flor

Bailar en San Antonio es al mismo tiempo un libro y un disco.

El libro fue posible gracias al aporte de numerosas personas. En primer lugar, todos los artistas, miembros de la organización y participantes del Encuentro que aceptaron ser entrevistados y compartieron con nosotros no sólo sus reflexiones y saberes, sino también su hospitalidad. A continuación presentamos la lista de todos ellos y las fechas de realización de las entrevistas:

Negro Valdivia (23/05/2009 y 13/01/2011); Curita Sánchez (1º/12/2010 y 13/01/2011); Maxi Ibáñez (25/02/2011); Ramiro González (9/08/2011); Karina Rodríguez (11/09/2011 y 5/02/2012); Aldo Corso (20/08/2011); Silvia Lallana (02/12/2010); Paola Bernal (23/11/2010); Titi Rivarola (23/11/2010); Lula Fernández (14/06/2011); Guillermo Ré (30/08/2011); Silvia Zerbini (29/08/2011); Juan Saavedra (15/12/2010); Oscar Arce (10/12/2010); Mariano Medina (24/02/2011); Roberto Cantos y Julio Paz (16/08/2011); Claudia Burraccione (16/12/2010); César Tosco (14/02/2011); Mónica Frassón (11/12/2011); Mariana Del Valle (13/01/2011); Mauricio Muchiutti (11/12/2011); Priscila (11/12/2011); Eloisa (10/12/2011).

Además algunas personas aportaron materiales escritos, investigaciones propias y sugerencias varias. Ellas son Geraldine Maurutto, Karina Rodríguez y Silvia Zerbini. Curita Sánchez además nos facilitó la colección de la Revista del Encuentro y el video de los 15 años.

Agradecemos también a Dani Marín por la realización de la imagen del disco.

Finalmente, queremos agradecer a la gente de EDUVIM, la Editorial Universitaria de Villa María, por hacer posible la edición de este trabajo.

En relación al disco, debemos agradecer especialmente a los integrantes del Dúo Coplanacu y a toda la gente del sello Latitud Sur.

Ellos hicieron posible la grabación en vivo del Encuentro N° 20, en 2010, y con enorme generosidad pusieron a disposición ese material, con todo el procesamiento técnico necesario para desarrollar el disco que va incluido en este libro. Los músicos que participaron, al igual que los autores de este libro, cedieron sus derechos de autor como un aporte para el Encuentro.